

Mujeres de ciencia y tecnología

La práctica de la arquitectura: entre la nostalgia y el avance

Hace unos días recibimos un correo electrónico informando sobre una jornada dedicada a la arquitectura. El mensaje venía acompañado con un texto explicativo. La organización manifestaba su preocupación ante la diferencia en los requerimientos formativos para obtener el título habilitante de arquitecta/o, es decir, la capacidad para firmar/responsabilizarse del proyecto y construcción de cualquier tipo de edificación. Con esta premisa clasificaba a las universidades en dos tipos: unas, como *alegres*, principalmente privadas, frente a otras, las *serias*, públicas mayoritariamente. Una pura ocurrencia, poco rigurosa. Seguramente ajena a los procesos académicos, ignora que las primeras ofrecen el plan de estudios de cinco cursos más el proyecto fin de carrera, PFC, mientras que las segundas han adoptado la estructura de un grado de cinco años y un máster habilitante para el desarrollo del proyecto fin de carrera, bajo la nomenclatura de trabajo fin de máster, TFM.

Por si usted lector o lectora desconoce los vericuetos del sistema universitario, debemos aclarar que la diferencia entre ambas ofertas formativas proviene de la implantación del sistema europeo de educación superior, popularmente conocido como Plan Bolonia. En Arquitectura se realizaron dos adaptaciones sucesivas: Bolonia I, asumido por todas las escuelas del estado, y

María Carreiro

Presidenta de AMIT-Gal



Bolonia II, implantada por las escuelas públicas principalmente. Se hace necesario apuntar que, bajo una directiva básica común, ni en el esquema organizativo de los estudios ni en el alcance y contenido de la profesión existe una convergencia plena entre los países de Europa. Cada uno de ellos responde a un perfil profesional y a una estructura académica específica.

España conserva un modelo generalista, con competencias técnicas y urbanísticas. Por su parte, en los países europeos aquellas se ciñen al proceso de ideación, colaborando en el desarrollo técnico con otras titulaciones. Conviene recordar que, según el informe del Consejo de Arquitectos de Europa de 2022, las ganancias medias de un/a profesional en España no llegan a los 30.000 euros brutos anuales. Una cuestión que no es baladí: más responsabilidades y menos honorarios.

Las y los arquitectos españoles estamos capacitados para dibujar, para proyectar, para calcular estructuras e instalaciones y para desarrollar constructivamente un edificio. Además, tenemos conocimientos de urbanismo y de estética e historia de la arquitectura. Una vasta preparación.

Y superado el PFC/TFM, nos hallamos en disposición de colegiarnos y responsabilizarnos de la redacción de un proyecto y de dirigir la obra correspondiente. Sin límite de superficie ni costes, ni de tipos funcionales. La formación académica, en concordancia con el modelo y bajo cualquier circunstancia, mantiene el perfil definido para el siglo XX. No obstante, el paso del siglo XX al XXI ha provocado cambios sustanciales en el ejercicio profesional. Entre otros, se ha incrementado notablemente el grado de complejidad en el campo de la construcción en general, y en la arquitectura en particular. La digitalización no ha simplificado las tareas. Antes al contrario, ha creado nuevas necesidades a las que atender, que requieren de especialización. A los conocimientos tradicionales hemos de sumar el manejo de los diversos programas informáticos. Herramientas imprescindibles para responder a las solicitudes de seguridad y confort, así como de responsabilidad jurídica, que afectan al proyecto de arquitectura, independientemente de su escala.

La práctica cotidiana viene a confirmar que el perfil generalista no es el adecuado para estos tiempos. Se aprecian dos alternativas. Una nos lleva a la colaboración interdisciplinar, tanto con las ingenierías en los aspectos tecnológicos, como con la Sociología o la Geografía en los de planeamiento. Otra condu-

ce a la especialización: en el cálculo de estructuras, en el de instalaciones, en el del planeamiento, en el de la peritación, en el proyecto de determinados tipos funcionales, en la rehabilitación residencial, en la dirección de obra... Una orientación que frecuentemente viene marcada por las oportunidades disponibles.

Añadamos un reto más: la irrupción de la inteligencia artificial y sus *copilots* o asistentes. Herramientas con las que, probablemente, la digitalización se introducirá de manera ineludible en el proceso de ideación. No porque sustituyan nuestra tarea, sino porque se cambiará el proceso de trabajo, pese a la resistencia que se oponga desde la esfera académica —las escuelas de arquitectura.

La nostalgia puede hacer que nos aferremos al modelo conocido, caracterizado por el individualismo y la jerarquía. Que peleemos por mantener unas competencias inabundables, dentro de unos periodos formativos que se van recortando con cada cambio de plan de estudios. Que mantengamos el mantra de que la sociedad nos necesita y no lo sabe, que somos unos incomprendidos que damos liebre por gato —no al contrario—, o que se alimente el estereotipo de la práctica cotidiana como *mala* arquitectura.

Existen malas prácticas, ciertamente. No vienen tanto de la *imagen* que generan las edificaciones

—los objetos arquitectónicos—, sino del abuso de proyectos que omiten las relaciones entre el lugar y los volúmenes edificados —en este sentido, la intervención prevista en el complejo hospitalario de A Coruña es una muestra de mala praxis—. O de ordenanzas urbanísticas que desconsideran la relación de las alturas de los edificios existentes con el ancho de las calles. O de la implantación de equipamientos singulares, interesantes como objetos, pero carentes del espacio libre necesario, acorde con su tamaño y su función —por ejemplo, el Museo de la Ciencia y la Tecnología—. O de propuestas bienintencionadas pero alejadas de la naturaleza de las dificultades que afronta: no se puede frenar el feísmo, un problema estructural, mediante una solución estética, como el catálogo de cierres de fincas en el medio rural.

Sin duda, si aportamos valor a nuestra actividad, arquitectas y arquitectos jugaremos un papel relevante en la sociedad. No debemos enredarnos en anécdotas, ni recrearnos en lo que creemos que somos. Los retos que se acercan nos necesitan y no lo sabemos. Sin disculpa excelente para avanzar. Sin nostalgias. Con racionalidad y apelando a las herramientas y métodos que la ciencia nos ofrece. No nos restará creatividad. Antes al contrario, potenciará nuestras capacidades. Lo que nos depare el futuro como profesión está en nuestras manos.

Yorgos Lanthimos ■ Director de cine

“Me asusta el puritanismo del cine, el sexo no existe en el ‘mainstream’ actual”

“Creo que ‘Pobres criaturas’ es mi trabajo más positivo, el más lleno de esperanza”

NANDO SALVÀ

La nueva película de Yorgos Lanthimos, *Pobres criaturas*, es, quizás, su obra más radical, extraña y transgresora hasta la fecha, a la vez relectura feminista del mito de Frankenstein, comedia negra atiborrada de sexo y trufada de *slapstick*, exhibición de barroquismo retrofuturista y surtido de imágenes capaces de dejar sin habla.

Usted decidió que quería dirigir esta película hace unos doce años. ¿Por qué ha tardado tanto tiempo en hacerla realidad?

Porque durante mucho tiempo no encontré a ningún productor que quisiera apoyarme. Les parecía una película demasiado extraña, demasiado bizarra. Y es curioso, porque eran las mismas personas que poco antes me habían llamado para decirme que *Canino*

les había parecido increíble, precisando que era extraña y bizarra, y que querían trabajar conmigo. Finalmente, cuando el éxito de *La favorita* me permitió tener carta blanca a la hora de elegir qué película hacer después, decidí hacer *Pobres criaturas*.

Y, de haber existido hace doce años, ¿sería *Pobres criaturas* la misma película que es ahora?

Es posible, pero casi seguro que no habría tenido tanta repercusión. Hasta hace relativamente poco, mucha gente pensaba que no era apropiado contar la historia de una mujer que vive su sexualidad con total libertad, y que no se preocupa lo más mínimo por lo que los demás piensen de ella; afortunadamente, las cosas han cambiado en ese sentido. Así que, quizás, haber tardado tanto en hacerla ha sido algo positivo,



Yorgos Lanthimos, en la última edición del Festival de Cannes. // Ele

después de todo, porque ahora el público es más proclive a participar en la discusión que propone sobre la incapacidad del hombre para aceptar a la mujer como es.

Casi todo su cine habla de personajes enfrentados a reglas y estructuras sociales rígidas que deben cumplir y de las que tratan de liberarse. ¿Por qué?

Siempre me ha sorprendido la docilidad con la que aceptamos las normas y las leyes que deter-

minan lo que consideramos correcto o apropiado en la sociedad. Obviamente, lo que mis películas pretenden es cuestionar esas convenciones. Y lo que distingue *Pobres criaturas* de las demás es que, aunque es consciente del dolor y sufrimiento que le acarrearán su odisea en busca de la libertad y el conocimiento, su protagonista sigue adelante. Creo que es mi película más positiva, la más llena de esperanza.

También está llena de escenas de sexo. ¿Le sorprende lo mucho que se ha estado hablando de ellas desde que la película vio la luz?

A decir verdad, no mucho. El sexo es prácticamente inexistente en las películas *mainstream* actuales. Y ese puritanismo imperante en el mundo del cine y en el del arte en general me asusta un poco, y me resulta incomprensible especialmente teniendo en cuenta la falta de reparos generalizada a la hora de representar violencia explícita en pantalla. To-

das esas escenas de sexo son necesarias. De haber sido más recatada, la película habría sido una traición a su protagonista.

Cuando empezó a hacer cine en Grecia, ¿tenía el objetivo de conquistar Hollywood?

No, claro que no. Ni siquiera confiaba en llegar a ganar la vida haciendo películas. Por entonces en mi país no había industria cinematográfica, y era casi imposible conseguir financiación. Un día nos preguntamos: “¿Por qué no hacemos una película por nuestra cuenta? Consigamos una cámara, compremos película, paguemos a unos actores y encontremos una localización. No puede ser tan difícil”. Desde entonces siempre solo he contado historias que me apetece contar, y nunca me ha importado el éxito. Y si el cine que hago con actores famosos deja de tenerlo, volveré a rodar películas de bajo presupuesto en Grecia y, si eso tampoco funciona, no me importará dedicarme a otra cosa.

¿Por qué dejó su país en primer lugar?

Porque, después de mis primeras películas, rodar allí se volvió cada vez más difícil. No había dinero, y no me quedaba más remedio que pedir favores o esperar que la gente trabajara gratis. Londres me pareció un buen lugar al que mudarme. Luego llegaron el *Brexit* y la pandemia, y últimamente paso mucho más tiempo en Atenas. Quizá vuelva a casa.